

# CONFERENCIA TELEFONICA CON MIGUEL DELIBES

La centralita de Alcalá, entre el Casino de Madrid y el hotel Regina. Mucha gente está sentada en el local apaisado que más bien parece una sala de espera que cualquier estación de ferrocarril. Suenan las fichas al caer en el buche de los teléfonos, gritando el seis doble en la permanente partida de dominó, con que entretienen su existencia automática, claveteada de confidencias.

Sobre el mostrador—lustrosa y alargada bandeja de madera—, las dos cabezas de las telefonistas están cortadas con una cuerda de guitarra, parpadeando aún, hablando con un timbre de voz tan fino que se puede cortar con una navaja.

—¿464... al 61  
—Barcelona, al 10!  
—Locutorio: minutos de Pozoblanco.

A un viejo de cara aceitosa, gorra de visera y botas camperos, que está sentado cogiéndose las rodillas como un torero de Vázquez Díaz, se le están requemando las entrañas de pura impaciencia. De seguro que piensa en lo que va a decirle al alcalde de su pueblo; de seguro que sus gestiones habrán sido sin salir de la calle de la Victoria, en la taberna de "El asta de oro" o, a todo lo más, en "La Tropical". De seguro, también, que le parecerá un disparate el que los muchachos no se desplacen por menos de siete billetes.

Dos chicas con un pañuelo a la cabeza cuchichean; una vieja abarquilla entre las manos el papel verdoso, inconfundible, de un telegrama.

La señorita telefonista le mira a uno con cara de barbero que va a cortarle las barbas a uno más de sus clientes.

—¿Una conferencia con Valladolid, tendrá mucha demora?

La señorita telefonista se pone la diadema profesional.

—Con Valladolid no hay demora.

En este caso alentador, ni nos preocupamos de tomar asiento.



Así todo va primero el viejo de los botos camperos, las dos chicas del pañuelo a la cabeza, la vieja que abarquillaba el telegrama y etc.

—Valladolid, al 12!  
Respiración profunda de satisfacción.

**Dentro de la cabina:** Señorita, avise a los tres minutos, por favor.

**Una voz:** Sí, mujer, Madrid; locutorio de Alcalá, con el 3-4-7-6 de Valladolid.

**Otra voz:** Comunica.

**Nosotros:** Señorita, que insista.

Y la señorita, amablemente, insiste, tensando nuestros nervios con las clavijas de la centralilla, cifiendo su diadema, arreglándose el pelo con ligeros toques de coquetería.

La voz de Delibes viene, al fin, por el hilo telefónico. Saludos protocolarios, preguntas y contestaciones con palabras urgentes, telegráficamente, para no perder minutos.

—¿Lees mucho?  
—Poco. Mi tiempo libre, es-

caso. Especialmente leo autores españoles de hoy. Creo que la noveística española está en trance. No es fácil que se pierda en la nada lo mucho que hoy apunta.

Le preguntamos qué libros ha leído últimamente.

—No se oye nada. ¿Qué dices?  
Sale una voz femenina para preguntarnos que si hablamos.

—Sí, señorita, hablamos; no corte.

—¡Delibes, Delibes!

—Oye, te decía que últimamente he leído "Luna llena", de Gimenez-Arnau, y "Satán, en los suburbios", de Russell. El primero es habilidoso y atrayente. En lo de Russell asoma la oreja el filósofo. Hay tremendismo en las ideas.

—¿De veras?

—Sí, sí.

—Oye, ¿qué opinas del periodismo?

—Que es el... ¡hombre, qué te voy a decir...! Pues que es el gimnasio del novelista.

Le preguntamos su opinión de las noveistas semianalfabetas.

—No he leído ninguna novela de ninguna de esas noveistas. Sin embargo, no creo sea necesario haber leído para saber escribir, como no tiene mejor oído el que escucha más conciertos. Creo en la intuición del oficio. Si lo que me preguntas es, más concretamente, si yo tengo por posible que la señorita Forrellad haya escrito una buena novela... tengo que decirte que sí.

Corte de comunicación.

—Oiga, ¿habían...?

—Sí, no corte.

—Son tres minutos.

—Enterados, no corte.

—Oye, Delibes...

—Sí, sí, oigo.

—¿A que das más importancia, al novelista que tiene oficio, que escribe bien, o al que sabe novelar, concretamente?

—Pues... todo eso me parecen valores relativos. Yo, en saber novelar, incluyo un lenguaje eficaz, no sé si bonito o feo. Desde luego, a mi entender, el preciosismo sobra en la novela. Ahora bien, el que me preguntes qué es más importante, saber escribir, pero no saber novelar es algo así como si me dijese si prefiero cojear del pie izquierdo o del derecho. El novelista necesita de aquellos dos pies, y si le falla uno, cualquiera que sea, la novela renquea.

Le preguntamos qué novelistas ve como más importantes.

—Para mí hay diez o doce en vanguardia y otros veinte detrás, a los que no se debe perder de vista. Hay inquietud y espíritu de emulación.

—¿Preparas algo?

—El libro titulado "La Partida", que saldrá muy pronto.

—Oye, Delibes, para terminar... ¿en qué lugar crees que estás entre los novelistas españoles?

—Hombre... eso es una broma tuya. Si yo te digo que en el primero... soy un fatuo y no soy original; si te digo en el último... soy... estúpido y sigo sin ser original; si te digo en el cuarto, el quinto, el décimo, soy algo más original, pero sigo siendo estúpido. Prefiero que lo digas tú.

—Oye, ahora, para terminar de verdad, ¿qué dices de la crítica?

—La crítica, la crítica... estuvo dormida durante años y despierta ahora. Hoy existen críticos ponderados y con notorio buen criterio. No falta nunca un buen crítico para un buen novelista.

—Bueno, muy bien, basta. Ya veo que, para tí, todo es de perlas. Haces bien, haces bien.

Y colgamos y apagamos la luz, como hacen en las películas americanas los novios que hablan por teléfono desde la cama.

Mientras caminábamos por Alcalá abajo íbamos imaginándonos a Delibes, como catedrático que es de la Escuela de Comercio de Valladolid, según nos han dicho.

De seguro que es, a juzgar por las fotografías, uno de esos jóvenes que han sido estudiosos y que a los treinta años siguen sin decidirse a dejar bigote, peinándose con raya a un lado y anudándose corbatas azules con lunares blancos y escribiendo novelas a escondidas, en las mismas clases, mientras sus alumnos repasan las lecciones recitándolas a media voz.

Si nos equivocamos... no lo sabemos.

"Pueblo"  
2. Marzo. 1954